

*cum semine aselli*, y lograréis el suceso deseado, tendréis una cabeza de asno.

La luna, para Chaucer, es, «Cintia con los pies negros y los cuernos blancos». Todo el mundo sabe que se ve en la luna á un hombre seguido de un perro, llevando un haz de leña. El que no vea á ese hombre será cambiado en brujo con forma de lobo. ¿Por qué? Porque ese hombre es Caín. Dante no dice: La luna declina; dice (*Inf. cant. XX*): *Ya Caín con su haz de espinas toca al mar bajo Sevilla*.

Esos son los ensueños. *Promontorium somnii*.

Sueños de pie. Porque, insistamos en ello, dormir no es una formalidad necesaria. *Las particulas que se ven durante el sueño*, también las ve el hombre fuera del sueño. El sátiro es natural en el bosque pagano y el diablillo familiar en las lagunas cristianas. *Berbiguier de Terreneuve du Thym* pasaba el tiempo cogiendo demonios entre dos cepillos, que restregaba uno contra otro bruscamente.

No hay una sola talanquera, puerta de cerca ó de enverjado que cierre un campo, que á media noche no se vea acometida por algún espíritu montado en ella ó que no sirva para sus extraños ejercicios. El *sabbat* (baile de brujas y demonios) gira á la redonda bajo las estrellas en los verjeles, y por la mañana las vaqueras se enseñan mutuamente los cabellos de los *corriganos*, prendidos de las ramas bajas de los manzanos. El viento del crepúsculo plega y encorva en los nenúfares á las mujeres descaderadas y ondulantés de los estanques. Hay *prados-hadas* en los cuales pacen cabras de día y capricornios de noche. Las lاندas y los matorrales no están seguros de no haber visto más de una vez, al ruido lejano de una campana de maitines, levantarse y andar, para ir á beber á los vecinos manantiales, á esos dólmenes, esos menhires, esos *cromlecs*, bloques monstruosos contra los cuales

se recuesta y descansa desde el alba el pastor pensativo mirando al cielo, como si sus ideas buscasen vestido entre las descosidas casacas de las nubes.

¡Ay, la edad media es lúgubre! A ese pobre campesino feudal no le regateéis su ensueño. Es casi lo único que posee. Su campo no le pertenece, su techo tampoco, ni su vaca, ni su familia, ni su aliento, ni su alma son suyos. El señor posee el cuerpo y el sacerdote posee el alma. El siervo vegeta entre ambos, mitad en un infierno y mitad en el otro. Tiene debajo de sus pies descalzos la fatalidad, que para él se llama la gleba. Se ve obligado á caminar encima, y ella se pega á sus talones y unas veces es lodo y otras ceniza. Es casi tierra á medias. Se arrastra, empuja, lleva, gime, obedece, llora. Va vestido de harapos y lleva una cuerda al rededor de la cintura, que al menor desliz se le sube al cuello; su amo sólo le encuentra para darle de palos; sus hijos son pequeñitos; su mujer, asquerosa de infortunio, apenas es una hembra; vive en la desnudez más completa y en el silencio, en el estancamiento, en la fiebre, en medio de la fetidez, en la abyección, en el estercolero; él está en su escondrijo, compañero en inteligencia de las gallinas, y en suciedad, del puerco; está mojado de lluvia en invierno y de sudor en verano; produce pan blanco y lo come negro; debe al señor todo cuanto el señor pueda querer, respeto, trabajo, diezmo, su propia mujer. Si su mujer es vieja y demasiado fea, le toman la hija. Todo árbol es horca posible. Tiene más yugo en la cabeza que el buey; si coge, es ladrón; si caza, es cazador furtivo; si respira, es atrevido; si mira, es insolente; si habla, que apliquen el suplicio de la cuerda. Tiene calor, tiene frío, tiene hambre, tiene miedo. Su trabajo es trabajo por la mañana y anonadamiento por la tarde. Regresa, finalmente, por la noche, abatido, triste, humilde, y se acuesta. ¿Cuál



es su lecho? Un poco de paja. ¿Cuál es su almohada? Un tronco. Un buen tronco redondo, dice Hárrison. *A good round log*. Ya duerme ese gusano de la tierra. No es mucho que reciba la visita de lo infinito.

¡Qué cúpulas! ¡Qué pórticos! ¡Qué columnas! ¡Cuántas estrellas! Ese palacio de lo imposible, los hombres querrán siempre habitarlo. Es espléndido, alto, profundo, prodigioso, magnífico, colosal, frágil. Se hunde casi siempre antes de que se llegue á él y cae sobre el que va á entrar, algunas veces después de estar instalado, vivido, bebido, comido, cantado, reído, amado y pasado varias noches en él. Esos sucesivos desvanecimientos de todos los ensueños no desconciertan ninguna esperanza. Vivimos de preguntas hechas al mundo imaginario. Todo nuestro destino entero es una contestación esperada. Todas las mañanas cada uno hace su lío de ensueños y parte para la California de los sueños. Id á decirle: ¡Estáis soñando! Entonces el loco seríais vos. Todos tienen fe, nadie duda.

Seamos lo que seamos, somos siempre aventureros de nuestra idea. Ninguno de los que pasan por esta tierra deja de tener su fantasía, su capricho, su pasión, su temeridad, su puesta, su riesgo por la gloria, virtud ó beneficio, su ascensión ó su descenso, su lotería interior. Aquél hace su registro obscuro. Éste construye su edificio secreto. Todos siguen una pista. Nunca hay vacilación. Confianza absoluta. Nada puede compararse á la serenidad de la ilusión. Todas esas vanas sombras humanas, ellos, vosotros y yo, nosotros, todos, todo camina, llevando cada fantasma su ambición en equilibrio sobre la frente. César reconstruyendo la monarquía de Roma, Napoleón poniendo el andamiaje del sistema continental, Alejandro de Rusia combinando la Santa Alianza,

son otras tantas lecheras que llevan en la cabeza el jarro de leche, la corona del mundo.

La historia recoge los tiestos rotos, aquí al pie de la estatua de Pompeyo, allá en Santa Elena, más allá en Taganrog. Esos cálculos terrestres abortan á causa de la complicación desconocida. Á veces la idea premeditada no llega á producir una realidad, pero nace otra cosa mejor ó peor. Ese Julio César que sueña con los reyes, produce á los emperadores más enormes que los reyes. Se empolla un cernícalo, rómpese el huevo del sueño y sale un buitres. Á veces, de dos esperanzas contrarias, una nace con vida. Aníbal sueña con Roma destrozada, anonadada; Catón sueña con Cartago destruída; duelo sombrío de dos ideas en el misterio; el ensueño romano combate al ensueño púnico y lo mata.

El hombre está en las casas de locos de las quimeras. Cada uno hace su campaña de Rusia. Hay siempre un Rostopchine inesperado. Moscou arderá, pobre muchacho. No importa. Se sigue adelante. Bonaparte no adivina á Rostopchine como César no adivinó á Casea, y uno pasa el Niemen como el otro pasó el Rubicón. Compadeceos de ellos, y también de vosotros mismos, porque sois ellos.

El brazo del hombre crece y se engrandece en el ensueño. Lo que no se ha medido jamás, es la longitud de la esperanza. ¿Cuál de las dos manos es más extraño ver alargarse, y cuál de las dos quimeras es más inaudita: el emperador desde su trono de las Tullerías cogiendo á Moscou, ó Mallet desde el fondo de una cárcel cogiendo al emperador?

Lo impracticable llama á lo inaccesible, ahí es adonde se quiere ir; la Yungfrau, es la esposa que queremos; el hierro enrojado al fuego, es lo que se quiere morder, por poco que sea uno Trasíbulo, Juan Huss ó Cristóbal Colón. El populacho de los soñado-



res y de los ambiciosos se contenta con el fruto prohibido. Pero el mordisco dado al hierro candente, ¡qué acre voluptuosidad para los grandes corazones! *Vitam impendere vero*. Hay sin duda recompensas. Se buscaba el Catay y se encuentra América.

En cuanto á las catástrofes, agradan. El aerolito es envidiado. ¿De dónde caes, pedazo de lo desconocido? ¿Quién te ha formado? ¿Quién te ha quemado? ¿Qué encuentro has tenido? ¿Cuál es tu secreto? ¿Adónde ibas? Caer de allá arriba, ¡qué suerte tan admirable! Eres nada más que piedra, eres un prodigio. Ser precipitado desde el cenit, es glorioso. Las caídas desde el cielo dan apetito á las audacias. Faetón es un estímulo, y si no existiese Icaro, Pilatre de Rozier lo inventaría.

Mirad los grandes viajeros. ¿Hacia qué lado se dirigen de preferencia? Hacia el África. El África, ¡qué enorme ensueño! Los nacimientos del Nilo, el lago Nagáin, las montañas de la Luna, el gran desierto, Darfur, Dahomey, los tigres, los leones, las serpientes, los monstruos, el esqueleto de Cartago en primer término, el fantasma de Tombuctú en el fondo, *Africa Portentosa*. Ese ensueño les atrae á unos tras otros. Todos mueren, pero todos van. Ir al punto de donde nadie ha regresado, ¡qué tentación y qué entusiasmo! Esas curiosidades que inspiran los abismos son uno de los elementos del progreso. Los espíritus arrogantes las tuvieron siempre. La prudencia desaconseja á los pensadores, pero no tienen confianza en la cantidad de cobardía que hay en la prudencia. Por más que los griegos crearon á una Minerva áptera é hicieron dominar á Atenas por la prudencia sin alas, Sócrates, sin atender al brazo que le alargaba la cicuta, siguió soñando en el Dios desconocido.

Sueños, sueños, sueños. Unos grandes, otros en-

fermizos. La habitación del ensueño es una facultad del hombre. El empero, el elíseo, el edén, el pórtico abierto allá arriba sobre los profundos astros del ensueño, las estatuas de luz colocadas sobre cornisamentos de azul, lo sobrenatural, lo sobrehumano, esa es la contemplación preferida. En las nubes, el hombre está en su casa. Le parece sencillo y natural ir y venir por el espacio y tener constelaciones á sus pies. Descuelga tranquilamente y maneja una tras otra todas las púrpuras del ideal, y busca trajes en la guardarropía. Estar colocado bajo no quita nada al atrevimiento del ensueño. Piel de asno quiere un vestido de sol.

Además, los ideales son distintos. El ideal puede ser imbécil. Hay seres para soñar un paraíso de sopa con tocino. Vuestro ideal no es otra cosa más que vuestra proporción, que vuestra medida.

No, nadie está fuera del ensueño. De ahí su inmensidad. Todos, seamos quien seamos, tenemos ese techo sobre la cabeza. Y ese techo está hecho de toda clase de cosas: de paja, de cascajo, de yeso, de mármol, de humo, de ruinas, de bosque, de estrellas. Y á través de ese techo, de ese cielo-raso, es como vemos la realidad, lo infinito. Según su mayor ó menor altura, nos hace pensar el bien ó el mal. Pero no hay que engañarse, nada de fatalidad en esto; su presión sobre nosotros depende únicamente de nosotros, pues nosotros somos quienes la hacemos. Para alma baja, cielo bajo. Como se hace el ensueño, así se hace una vida. Nuestra conciencia es el arquitecto de nuestro ensueño.

El gran ensueño se llama deber, y es también la gran verdad.

Los hombres, casi todos un poco semejantes al burgués Jourdain, de Molière, sueñan sin saberlo. El agente de cambio no se da cuenta de que des-



cuenta ensueños. Su cartera, llena de números, es un registro de fantasmagorías; *primas, fin, doblas*, son notas de libros mágicos como el Eteila; Alberto el grande podría ser bolsista, y las mujeres que juegan á la bolsa son las mismas que hacen las cartas. Id por la noche á sus casas; así que reciben el aviso de la operación del día, tiran una buena suerte. Depender de la noticia del día, unir su fortuna al hilo del telégrafo eléctrico, ser el muñeco del alza y de la baja, es estar en pleno sonambulismo; para saber si mañana será uno opulento ó indiferente, leer el *Monitor* ó consultar con la sota de oros, es absolutamente igual. No hay hombre viviente que no tenga su compartimiento en el casillero de lo imaginario. No hay ningún cerebro que no pueda recibir la marca de un ensueño; éste ambición, aquél riqueza; el otro gloria, el de más allá goce, el otro, en fin, vanidad, todos felicidad. La buena comida indefinida es un ensueño que el portamonedas niega al pobre y el estómago al rico. Venus no ha hecho nunca mala vida con la columna vertebral. Las malas alitas de Cupido son fábricas de cojos y lisiados; ved á Enrique Heine. Todas las manos se alargan y no hay ningún premio cogido.

Si la esperanza es conforme á la inteligencia, la forma de la felicidad soñada varía. Para el usurero es un buen balance falso; para el cazador es una trampa de lobos bien disimulada; para el que jura y perjura es un oyente cándido. El envidioso vive en esperanza el Eldorado del daño ajeno. Insisto en ello, realización, poca ó ninguna. Aunque fueseis procurador ó notario, no podríais substraeros á lo siguiente, que es la ley: los días del hombre son una serie de presas dejadas para la sombra. Las religiones, desde lo alto de sus cátedras, se acusan entre sí de falsos paraísos. ¡Estás chocheando, Brahma! ¡Mientes, Mahoma! ¡Estafas las

almas, Lutero! Aglomeración de cerebros, muchedumbre de quimeras.

El filósofo mira sonriendo á esos soñadores, reunidos todos en una visión: el jugador en la martingala, el avaro en los montones de oro sin fin, el soldado en la cruz de honor, la soltera vieja en un marido, el taumaturgo en el milagro, el sacerdote en la tiara, el sabio en el crisol, el ignorante en la superstición. Y, tú mismo, ¿dónde estás, filósofo? en la utopía.

Puesto que no es dado á todo el mundo huir del ensueño, aceptémosle. Procuremos únicamente que el nuestro sea el bueno. Los hombres odian, brutalizan, pegan, mienten; ved cualquiera civilización, la antigua ó la moderna, mirad un siglo cualquiera, el vuestro lo mismo que los otros, no veis más que impostores, batalladores, conquistadores, bandidos, gentes que matan, verdugos, malvados, hipócritas; todo es sonámbulo. Dejadles sus encarnizamientos, dejad que se ahiten en su sangrienta multitud. Dejad á las cosas violentas y á las fuerzas ciegas sus inútiles furias de huracán. Las pasiones del hombre en tempestad, ¡qué compasión! ¡y con qué objeto! ¡Simulacros persiguiendo quimeras!

Dejadles sus ensueños á esos fantasmas. Compartid vuestro pan con los niños; ved si alguien anda descalzo á vuestro alrededor; sonreid á las madres que dan el pecho á los pequeños, sentadas á las puertas de sus cabañas; paseaos sin malevolencia en la naturaleza; no piséis, sin saber por qué, la flor de la hierba; no destruyáis los nidos de los pájaros; inclinaos desde lejos sobre los pueblos y desde cerca sobre los pobres. Levantaos para el trabajo; acostaos en medio de la oración; dormíos hacia el lado de lo desconocido; tened por almohada lo infinito; amad, creed, esperad, vivid; sed como el que tiene una regadera en la mano; pero que vuestra regadera sea



de buenas obras y de buenas palabras; no os descorazonéis jamás; sed mago y sed padre, y si tenéis tierras, cultivadlas, y si tenéis hijos, educadlos, y si tenéis enemigos, bendecidles con esa dulce autoridad secreta que da al alma la paciente espera de las eternas auroras.



## MONTÓN DE PIEDRAS

V



AMBIAD de opinión, pero conservad vuestros principios; cambiad de hojas, pero conservad vuestras raíces.

\*

Hay dos maneras de no pertenecer á ningún partido: como las mujeres y los niños; porque no se ha examinado ninguno, ó como los pensadores y los sabios, por haberlos examinado todos.

\*

Una reacción es como la barca que va contra la corriente: no impide que baje el río.

\*

Los verdaderos grandes ministros son aquellos que trabajan en los acontecimientos de su siglo como hombres que, en caso necesario, sabrían trabajar en sus ideas.



\*

La paralización, que es idéntica á la muerte y á la noche, no se engaña respecto de los enemigos que tiene. Denuncia, persigue y, si puede, ahoga todo movimiento, pues todo movimiento es vida y toda vida es luz. Los hombres de la obscuridad y de la inmovilidad llamaban por odio y por burla á Harvey *circulator*, que es igual á revolucionario.

Harvey no había inventado la circulación de la sangre, ni más ni menos que Lutero la libertad de conciencia. Harvey es un Lutero. Lutero es un Harvey. Comprobaron la realidad y no otra cosa. Los hombres están hechos ó deshechos así: todo aquel que entre ellos comprueba la ley de Dios es un innovador, y todo el que la aplica es un revolucionario.

\*

Con la edad y de año en año, se despoja al hombre viejo, es decir, al hombre joven; ciertos aspectos se modifican, la parte transitoria de las opiniones se derrumba con la parte pasajera de los acontecimientos, y la superficie del espíritu cambia como la del rostro; la existencia humana se compone de despojos sucesivos, y las cosas de la vida, como las olas del Océano, se componen y descomponen incesantemente. Pero, en medio de esos cambios y de esas alteraciones inevitables, es preciso que lo esencial permanezca; está bien que el fondo del hombre se mantenga, que cierta identidad no se desmienta jamás. Algo puede flotar y algo debe persistir. Volverse otro y seguir siendo el mismo; todo el problema está ahí.

\*

La juventud tiene hermosas virtudes; es sincera,

leal, honrada, pura, creyente, desinteresada, fiel, generosa, agradecida. Esforzaos en conservar, al envejecer, las virtudes de la juventud, aunque hayáis perdido las ilusiones que las acompañan; volveos hombres, pero seguid siendo jóvenes.

En virtud de esa ley, se desarrollan las buenas naturalezas y se forman los grandes corazones. El entusiasmo es el fondo de la verdadera sabiduría.

El hombre prudente y sabio, madura y no envejece.

\*

Un abismo está ahí, junto á nosotros. Los poetas soñamos en su borde. Convenido. Pero vosotros, estadistas, os dormís en él.

\*

Verdadera fórmula socialista:  
Hacer que el hombre moral sea mejor, que el hombre intelectual sea más grande y el hombre material más feliz.

Bondad primero, grandeza después, felicidad por último.

\*

La lógica de una idea verdadera es tan poderosa que, en cuanto penetra en los negocios humanos, en la religión, en la política, en la legislación, reduce todos los acontecimientos á silogismos, encargados unos de demostrarla, otros de completarla.